

# Madrid y el espacio de *Miau*

**E**n publicaciones anteriores he intentado demostrar que la destacada presencia de Madrid en ciertas *Novelas Contemporáneas* de Galdós no desempeña una simple función atmosférica o folklórica (Anderson, *Espacio*; «Ellipsis»; «Madrid»). La ciudad, tan claramente dibujada en estas novelas, sirve para enmarcar y organizar el movimiento de los personajes y el desarrollo de la acción novelística. Por lo tanto, la ciudad realiza una función de diseño novelístico. También realiza una función metafórica, en el sentido de que el movimiento humano, organizado y definido por el espacio urbano, no es sólo físico sino también psicológico y moral.

En *Miau* (1888), Madrid desempeña funciones parecidas. El espacio urbano de la novela se dibuja con la claridad y la precisión que son habituales en Galdós; luego se transforma en matriz y metáfora de otro espacio más abstracto y más trascendente.

El carácter del protagonista Ramón de Villaamil y su relación con el mundo de *Miau* han sido analizados hasta la saciedad. La crítica se ha agrupado en dos ejércitos en torno a la definición de Villaamil como víctima más o menos noble (víctima de un universo absurdo o de un sistema social corrupto y deshumanizado), o como un hombre egoísta, intransigente e inútil que se merece el descalabro que el mundo le da. Con diferentes matices, los principales portavoces del primer punto de vista son Gullón, Scanlon y Jones, Crispin, Parker y Ramsden. Los que abogan por una lectura de Villaamil más negativa son Weber, Ribbans, Sackett y Rodgers.

Inquieta un poco que los argumentos de estos críticos se basen principalmente en criterios moralistas y psicológicos. Tienden a analizar a Villaamil como si fuera un caso clínico, un hombre de carne y hueso más que un personaje ficticio condicionado y definido por los signos objetivos de la novela a la que pertenece. Concretamente, lo que falta en la larga polémica sobre el carácter de Villaamil es una consideración del espacio de *Miau*. Sin minusvalorar los hallazgos de la crítica existente, propongo que se tenga en cuenta también este criterio que puede ampliar nuestra perspectiva

sobre Villaamil y el mundo en que Galdós le ha colocado. Un análisis del lenguaje del espacio en *Miau*, y dentro de él la presencia de Madrid, nos llevará a una comprensión de la novela que complementará las conclusiones basadas en argumentos moralistas y análisis psicológicos. Como se verá, dicho análisis del espacio novelístico apoya la interpretación de Villaamil como víctima y mártir, y de su suicidio como una relativa liberación.

¿Víctima de qué? ¿De un universo hostil o de una organización social defectuosa y deshumanizada? No me interesa, porque no me parece muy fructífero, volver sobre este terreno tan explorado ya por la crítica. Me parece evidente que la victimización de Villaamil es polifacética. Don Ramón es claramente víctima del absurdo sistema que le niega los pocos días de empleo que le faltan para jubilarse con pensión. Pero ese absurdo remite a otros absurdos más generales y más abstractos. Remite a la falta de orden, racionalidad y humanidad en la administración del Estado español, y por fin remite a la condición humana que aflige a todo el que se niega a admitir el falso orden oficial. Villaamil va en busca del orden y la unidad verdaderos; su búsqueda imposible le conduce a la destrucción. Es obvio que la injusticia que gravita sobre don Ramón es existencial a la vez que social. Lo material de su situación remite a lo abstracto.

## I

Al pensar en la presencia de Madrid en *Miau*, lo primero que nos llama la atención es la zona de Madrid que sirve de emplazamiento a la novela. En las Novelas Contemporáneas anteriores a *Miau*, domina el Madrid antiguo y céntrico. Sin embargo, a partir de *Miau* los emplazamientos madrileños de las Novelas Contemporáneas tenderán a ser marginales y excéntricos. A partir de *Miau*, Galdós volverá poco al Madrid céntrico, y cuando lo haga será con pasajera intención irónica. Es como si Galdós, desde su completo desengaño ante la sociedad madrileña, se volviera a las afueras en busca de una redención que no había podido encontrar en el centro.

En *Miau*, concretamente, la zona que elige Galdós como emplazamiento principal es la zona del Conde-Duque: la calle de Quiñones donde vive el desgraciado Villaamil con su familia, las iglesias de Montserrat y las Comendadoras, las plazuelas y calles colindantes, y por fin el terreno que hoy forma parte del Parque del Oeste. En 1878, año en que se sitúa la novela, la calle de Quiñones es relativamente nueva en su función de calle residencial, ya que sus primeras construcciones particulares datan de 1786, cuando la calle aún se llama de Santo Domingo Nueva (Peñasco y Cambronero 417). Con estas características —situación marginal, vecindario de po-

ca historia y menos distinción— la calle de Quiñones se aproxima en su función novelística a Chamberí, otra zona de importante ampliación urbana a mediados del siglo XIX, que Galdós utiliza como emplazamiento novelesco más de una vez. Aunque sea más sazónada y menos apartada que Chamberí, la zona del Conde-Duque, igual que Chamberí, tiene algo de lugar de exilio, de zona de poco carácter, habitada por vecinos cuya condición económica no les permite residir en lugares más céntricos.

Además de estos atributos negativos un poco abstractos, la calle de Quiñones tiene otros que son más concretos. Desde 1842 la Cárcel de Mujeres se encuentra instalada en el antiguo convento de Montserrat (Peñasco y Cambronero 417; Répide 555)<sup>1</sup>. Esta cárcel se sitúa directamente enfrente de la casa de Villaamil y se cita con frecuencia para ubicar dicha casa dentro del territorio madrileño. No cabe duda de que esta proximidad de la cárcel sirve para subrayar la encarcelación personal del propio Villaamil<sup>2</sup>.

El signo negativo de la calle de Quiñones se plasma también en la mala fama de que goza la calle con motivo de una casa de prostitución situada en ella. Esta mala fama viene de antiguo, existe todavía en 1878 (aunque la casa de prostitución no se menciona en *Miau*), y aún seguirá existiendo veinte años después cuando, en la obra del género chico *Agua, azucarillos y aguardiente* (1897), la calle será objeto de una alusión peyorativa que no deja lugar a dudas en cuanto a su mala fama popular (Bravo Morata 460). En dicha zarzuela una de las tiples, en una airada discusión, le escupe a la otra: «No te pongas tantos moños/ que a pesar de tu honradez/ a la calle de Quiñones/ te han llevao más de una vez».

## II

Está muy claro el signo negativo de la calle de Quiñones en *Miau*. Lo que resulta más complicado es el papel de la calle dentro del esquema espacial de la novela. Hemos señalado su marginalidad con relación al Madrid céntrico: marginalidad que apoya y aclara el aislamiento personal de Villaamil. Pero en la calle de Quiñones encontramos, frente a la marginalidad y excentricidad, imágenes de signo aparentemente opuesto: imágenes de interioridad, de encierro, de atrapamiento. La Cárcel de Mujeres, tan evocada por el narrador, es un ejemplo obvio. El hecho de que dicha cárcel se encuentre situada en un convento aumenta más todavía su signo interior. Pero la interioridad más fundamental de la calle de Quiñones es la que se encuentra en el piso de Villaamil. Este lúgubre domicilio donde el buen cesante lleva a cabo sus dramas familiares y escribe sus patéticas peticiones de colocación, tiene más aspecto de madriguera que de vivienda

<sup>1</sup> Según Monpalau (202) esta cárcel se instaló en el antiguo convento de Montserrat en 1837.

<sup>2</sup> Recordemos entre paréntesis que esta cárcel ha aparecido ya en las *Novelas Contemporáneas* —y no sólo por fuera— ya que durante unos días sirve de alojamiento a Isidora Rufete, la trastornada protagonista de *La desheredada* (capítulo 31).

humana, y sus habitantes se asemejan más a muertos en vida que a seres humanos libres y autónomos. El piso de Villaamil, con su terrible interioridad opresiva, es el emplazamiento único del 38,6% de los capítulos de la novela, y constituye el emplazamiento parcial de otro 29,5%. Dicho de otra manera: aproximadamente los dos tercios de la novela se sitúan en el piso de Villaamil<sup>3</sup>.

Esta vivienda es claramente el centro organizativo de la novela. Lo es por la frecuencia de su aparición, y lo es por ser el punto de partida para todas las salidas hacia Madrid que realizan los personajes. Pero lo es más que nada porque en su ubicación y sus funciones novelísticas, resume las tensiones esenciales de la novela. El espacio físico y abstracto de *Miau* se define por dos tensiones. Una es la polaridad horizontal entre interioridad y exterioridad. La otra es la tensión vertical entre subir y bajar. Estas dos tensiones se dibujan gráficamente en la novela por medio del movimiento de los personajes, los emplazamientos de las escenas y las alusiones a ciertos lugares del territorio madrileño. En el piso de Villaamil encontramos un microcosmos de las dos tensiones. La horizontal se insinúa en la aparente contradicción entre la marginalidad de la ubicación del piso y la intensa interioridad que lo caracteriza. La vertical queda apuntada en las frecuentes subidas y bajadas que se realizan en la novela para llegar a, o salir de, esta vivienda situada en la segunda planta de la casa de vecinos.

El espacio físico de la novela, con sus vertientes horizontal y vertical, pasa a ser metáfora de un espacio moral y psicológico que encierra el verdadero sentido de la novela. El dualismo espacial es metáfora del dualismo humano que suele caracterizar a los personajes galdosianos: los personajes mutilados o escindidos, personajes cuyo proyecto vital es encontrar la unidad personal, superando su condición doble o incompleta. La realización de este proyecto de integridad personal equivaldría a la consecución de la libertad humana, puesto que supondría la superación de la fragmentación que paraliza y frustra a los seres humanos. El tema fundamental de toda la obra de Galdós es la búsqueda de la libertad, y la acción radical de *Miau* es precisamente el movimiento hacia la liberación. El equivalente espacial de este movimiento liberador es una progresiva exteriorización y ascensión.

<sup>3</sup> El piso de Villaamil es el emplazamiento exclusivo de los capítulos 4, 5, 6, 7, 8, 11, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 23, 31, 38, 39 y 40. Los capítulos situados parcialmente en el piso son los capítulos 1, 2, 3, 10, 12, 24, 25, 26, 27, 28, 29, 32 y 41.

Puede parecer contradictoria esta afirmación, puesto que ni el movimiento exteriorizante hacia la calle de Quiñones, ni el vertical para subir a la segunda planta de la casa de Villaamil son movimientos hacia la liberación. Pero en este caso, como en otros tantos, la aparente contradicción se debe a la ironía galdosiana, al afán del autor por los juegos de apariencia y engaño, los paralelos falsos, las excepciones que confirman la regla. Si bien es cierto que la exterioridad de la calle de Quiñones no conduce a la libera-